

las escogidas notas a pie de página (esté o no uno totalmente de acuerdo con ellas), y la claridad y tamaño de los tipos usados hacen la lectura fácil y clara, y por sí solos más que recomiendan esta edición.

Avalle-Arce no ha incluido una bibliografía, propiamente dicha. En su "Nota bibliográfica" enumera una media docena de los libros más recientes sobre el *Quijote*, y oportunamente remite al lector a otras bibliografías, lo que, dada la enormidad de la bibliografía cervantina, es perfectamente razonable. Pero es aquí donde no se puede, ni se debe evitar el referirse al excelente aparato crítico de la edición de Murillo, y a su utilísima *Bibliografía fundamental* que constituye el tercer tomo de su edición.

Así pues, en la oficina, como texto de consulta y para embeberme en Cervantes, la imprescindible edición de Murillo; para leer en casa y para embelesarme en el *Quijote*, la edición de Avalle-Arce.

R. M. FLORES

The University of British Columbia.

MAXIME CHEVALIER, *Folklore y literatura: el cuento oral en el Siglo de Oro*. Editorial Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, Barcelona, 1978; 174 pp.

En una reseña anterior (*NRFH*, 26, 1977, p. 168), al presentar su antología de cuentecillos tradicionales de la España del Siglo de Oro, tuve ocasión de resumir los objetivos y métodos de los estudios de Chevalier. El libro actual es complemento del primero; sintetiza y sistematiza precedentes ensayos del autor y quiere ser un "manual" donde se subraya la abrumadora presencia de los cuentecillos orales en la literatura de los siglos XVI y XVII y se perfilan metodología y finalidades de la investigación, con ejemplos comentados de las distintas clases de relación entre cuentecillos y obra literaria.

Chevalier distingue los cuentos folklóricos de los propiamente tradicionales; los primeros provienen de tipos y motivos de la cuentística universal, mientras los segundos se centran más bien en temas y figuras locales y se difunden en ámbitos casi exclusivamente peninsulares. Los de este último grupo son los que interesan a Chevalier. Recopilados en antologías que circularon, impresas o manuscritas, con gran éxito en la época clásica, menudean en las obras literarias, donde suelen llegar, sin embargo, directamente de la tradición oral, como sugieren las múltiples variantes. El hombre de letras de la edad áurea hace penetrar hondamente en su obra, junto a la cultura derivada de fuentes escritas, un saber y unos modelos de pensamiento absorbidos fuera del libro y de la oficialidad, en la tertulia, en la vida cotidiana de la calle, en la conversación diaria, en todos los intercambios de saberes populares y tradicionales confiados a la oralidad y condensados con preferencia en cuentecillos y chascarrillos. Son éstos el blanco de la estrategia crítica y eru-

dita de Chevalier, que se desarrolla como una constante exégesis aclaradora de personajes, situaciones, lugares oscuros, alusiones en comedias, novelas, tratados del Siglo de Oro. Más allá de tal utilización subsidiaria de los contenidos de los cuentos en función ilustrativa de la gran creación literaria, Chevalier apunta a investigaciones vertidas exclusivamente sobre estos materiales orales. Es cuando realza el interés que ofrecen para el estudio de las "actitudes mentales" de una comunidad o cuando los señala como núcleos que parcialmente delatan zonas del incógnito territorio de la cultura de los analfabetos. De momento, nuestro autor no se enfrenta con tan resbaladizas vertientes y se limita a anotar posibles desarrollos o, cuanto más, a ejemplificarlos sucintamente (pp. 74-76).

El campo de su mayor interés sigue siendo la alta literatura y el rastreo de los múltiples hilos que desde Castillejo hasta Calderón (antes de aquél los contactos son episódicos y no representan una orientación artístico-cultural colectiva; igual situación se da desde finales del siglo xvii, aunque por razones distintas) la enlazan con la chispeante narrativa oral. Es campo en que la cosecha, detectada por el crítico con método, erudición y agudeza ejemplares, nos sorprende, y le procura incluso a su veterano recolector un siempre nuevo entusiasmo de pionero. Permítaseme una reflexión mínima. Es innegable la necesidad de tanto escudriñar: nuestro conocimiento de la actividad literaria de la Edad de Oro se hace más profundo y maduro, nos aproximamos al taller de Cervantes o de Lope, se parece vislumbrar el revés de sus tapices. Y aquí el equilibrio crítico de Chevalier le protege del enmarcar y hacer confluír sus estudios hacia una tradición exegética que al abrigo del folklore tiende a des-problematizar la obra literaria. Baste una referencia. El progresivo descubrimiento de las raíces folklóricas de personajes y motivos del *Lazarillo de Tormes* ha dado lugar a que se formen y consoliden comentarios que cifran sentido y función de la novela en lo cómico de invenciones y acoplamientos, y que disuelven el perfil de uno de los intelectuales más sutiles e inquietos del siglo xvi en la máscara preponderante y hasta exclusiva del ingenio festivo y burlesco, haciendo caso omiso, entre otros elementos, de las áureas palabritas del Prólogo sobre los dos niveles de lectura de la obra. Por otro lado, un conocimiento somero de la bibliografía sobre el *Lazarillo* revela cuánto influyen en tal perspectiva los raros fragmentos que desde voces aisladas de lectores contemporáneos o casi de la novela llegan hasta nosotros, y atestiguan una fruición centrada en el entretenimiento. Los buscadores de "sentidos literales" han creído encontrar el del *Lazarillo* en tales lecturas, que solamente revelan un tipo de contacto con el texto ya previsto como más inmediato por el mismo autor, vehículo agradable de otro u otros sentidos. La novelita es lugar de encuentro de un tejido de complicidades entre autor y público que no se agota en el terreno del común regocijo con los materiales de una cultura cómica tradicional hábilmente aludidos o recreados y sagazmente captados. Este género de placer de la lectura merece una atención nueva —y aquí vuelvo a las sugerencias generales de Chevalier— centrada en la tradición de los cuentecillos como punto

de conjunción de una doble actividad, la del emisor, generadora de formas, y la del receptor, identificadora del código, con tal que no se confundan sentido y función de ese código lingüístico con la semántica propia de la obra como conjunto autosignificante. Espejismo que no percibimos en las páginas de Chevalier, pero del que es oportuno dejar constancia aquí.

La novela, del *Lazarillo* al *Quijote* y más allá, y la comedia (en dos utilísimos apéndices del volumen se reseñan los títulos de obras de Lope y de Calderón vinculadas con el cuento oral) descuellan entre los géneros que con más abundancia y con resultados más brillantes explotaron el venero de la narración oral; tanto que, con razón, Chevalier puede atribuirle a este vínculo la peculiaridad y el éxito de las creaciones del ingenio español, rechazando todo determinismo antropológico y cualquier referencia a "caracteres primordiales" intemporales, y anclándolos más bien dentro de un momento histórico particular y de una encrucijada cultural definida, en los cuales se fragua un realismo artístico que esparcirá sus semillas en las letras de Europa. Pero conviene agregar que no todos los mozos de ciego generan Lazarillos ni todos los rústicos tontos-listos sugieren Sanchos. El gesto de libertad artística e intelectual que ambas figuras y sus contornos suponen en aquel contexto histórico y cultural, si bien se nutre de la tradición del cuentecillo oral, implica también la adopción de un punto de vista sobre esa tradición que es un ajuste de cuentas exactamente con su superficie localista, chistosa, confortablemente inofensiva; la fachada del ecumenismo de la gracia y del donaire se resquebraja cuando las burlas de un universo desarticulado se injertan en las veras de un organismo estructurado, sea este el *Lazarillo* o el *Quijote* o cualquier otra obra que se defina como una propuesta ético-artística autónoma y original. Chevalier, afortunadamente, posee una sutileza de experiencia crítica que controla su fascinador apasionamiento de investigador y mantiene lejos de sus páginas el riesgo latente del imegralismo folklórico y reductivo. Que los lectores lo tengan en cuenta.

GIUSEPPE DI STEFANO

Università di Pisa.

ROGER DUVIVIER, *Le dynamisme existentiel dans la poésie de Jean de la Croix. Lecture du "Cántico espiritual"*. Didier, Paris, 1973; 261 pp.

La obra de Roger Duvivier está escrita con la misma prosa tersa y la misma lucidez de pensamiento que su extenso estudio anterior, *La genèse du "Cantique spirituel" de saint Jean de la Croix*. El autor se atiene aquí al análisis fenomenológico del "Cántico espiritual", siguiendo el manuscrito de San Lucas de Barrameda (Cántico A). En efecto, desde los preliminares nos dice Duvivier: "Le rôle du *Cantique* B sera encore plus limité, surtout en ce qui concerne le commentaire. Les particularités